

## ASDRUBAL, EL HOMBRE DEL BELLO CORAZÓN

La comitiva está exhausta, la larga travesía a caballo entre Malaka y Akra-Leuke es un agradable paseo cuando no hay prisa, pero este no es el caso ahora para el grupo de nobles Carthagineses, la urgencia y el desasosiego da alas a monturas y jinetes, hombres y bestias como veloces centauros galopan por la llanura ibérica costeano hacia el norte.

La noticia de la muerte de Amílkar en una escaramuza con guerreros olcades ha caído como un helado presagio de oscuridad en las almas de los Carthagineses en Iberia.

Asdrúbal está abrumado, él es un hombre de corazón bello, a pesar de estar plenamente capacitado para la milicia y desempeñar tareas castrenses de relevancia en el ejército de Amílkar, es un hombre partidario de la palabra, la negociación y las alianzas antes que del conflicto, un gran intendente y administrador dotado con una capacidad innata para comprender las diferentes sociedades que componen Iberia, esa tierra habitada por pueblos iguales pero distintos que malgastan sus vidas combatiendo a sus paisanos en interminables conflictos vecinales que manchan de sangre toda la península.

Indómita pero noble.

Belicosa pero fiel.

Si. Asdrúbal tiene un corazón bello, no esperaba que los principales oficiales del ejército del padre de su esposa, que lo había acogido como a un hijo más de su camada, lo nombraran sucesor suyo tras su fatal suerte, a la griega. Comunicándolo a su vez a la Balanza de Carthago como un hecho consumado, sin alternativas, sin discusiones.

Asdrúbal Janto, Estratega de Libia e Iberia.

Recibió la noticia de su nombramiento y de la muerte de Amílkar a la vez y su bello corazón, se encogió como una flor marchita, el alto honor no compensaba el alto dolor.

Galopa ya dos jornadas junto al mar, con su mente llena de dudas, anhelos y temores, ¿será un digno sucesor?, ¿Cómo aceptará la camada de Amílkar su nombramiento?, ¿habrá un levantamiento de pueblos íberos?, o por el contrario, ¿dará fruto la política de alianzas que ha forjado estos años?.

Asdrúbal tiene un corazón bello, guía su montura a la cabeza de sus hombres, unos fieros, otros sabios, unos oriundos de Carthago y otros nacidos en Iberia, todos Carthagineses, agotados, con rostros serenos pero graves, sus amigos, sus compañeros de ilusiones y esperanzas, todos con la misma preocupación pero con sus destinos puestos en manos de Asdrúbal y su bello corazón, confían ciegamente en la voluntad y la decisión del nuevo estratega.

El sol se acerca ya a poniente, es el momento de parar, los cuerpos necesitan un descanso, se acaba la jornada de hoy, con suerte una más y llegarán a Akra-Leuke a llorar con retraso la muerte del gran Amílkar, tan victorioso en grandes batallas, al que no pudieron derrotar ni las legiones romanas ni los rebeldes mercenarios.

El gran Amílkar, al que un puñado de celtíberos han matado, eso sí, en noble y audaz justa.

Dirigen sus monturas hacia Mastia, un poblado que tuvo que ser gran urbe en tiempo de Tartessos, pero que ahora se ajusta a unas factorías de salazones que miran a la isla de Melkart desde las faldas de la colina de Theut. Una Mastia que ha tratado ya con fenicios de oriente, los de Tiro y fenicios de occidente, los de Carthago. Pacíficos pescadores que los reciben con la hospitalidad que merece tan noble visita a la que no están acostumbrados, el noble Asdrúbal, la mano derecha del Gran Amílkar los honra con su presencia.

Los jinetes no entran en el poblado, demasiado reducido para una columna tan numerosa, poblado rodeado de unas murallas derruidas que tuvieron que ser altas y conocer tiempos más gloriosos. Acampan al abrigo de esas murallas pero en el exterior, sobre los parapetos surgen rostros de niños y mayores, algunos los miran curiosos otros se acercan haciendo honor a su legendaria hospitalidad y les llevan suministros, algo de comida y buen vino, presentes de los mastienos que producen el exquisito garo en la isla de Melkart. Presentes que les hacen la vigilia más agradable a unos y a otros el sueño más reparador.

Algunos duermen junto a sus monturas con huesos doloridos por el largo viaje reponiendo fuerzas para las jornadas que restan. Otros, los más aguerridos, practican juegos que tonifican sus músculos o toman un baño nocturno en el pequeño puerto mastieno, donde reposan diferentes y coloridas embarcaciones que al alba saldrán de nuevo a pescar.

Hacia poniente apenas hay luz y las sombras de unas colinas ya ocultan al astro rey. Asdrúbal no duerme. Asdrúbal el del bello corazón está sentado sobre una piedra, su mirada fija en la puesta de sol, hacia esas montañas que ocultan el ocaso, pensativo, con los codos en sus rodillas mientras su cabeza descansa sobre sus manos. Mirando al infinito astro que se apaga y llama a su esposa la luna.

Asdrúbal, el de bello corazón, se sobresalta, una gran sombra surge desde la claridad de la naciente luna y vuela silenciosa hacia él, pero su cuerpo inerte no le responde, sin poder mover sus miembros comienza a distinguir a una dama alada de infinita belleza que flota rodeándolo y dejando ligeras ráfagas de un suave viento que huelen a perfumes desconocidos, a mar y a campo. Una dama de piel de color marfil que se dirige a él y le susurra frases desconocidas con cálida voz, sin mover los labios, mirándolo con marinos ojos, semblante sereno elegante sonrisa.

Asdrúbal no entiende sus palabras, pero siente como sus anhelos y sus dudas desaparecen. En su bello corazón algo le dice que ha llegado a su destino. Intenta incorporarse pero sus brazos y piernas siguen sin responder. De repente la claridad vuelve a sus párpados, “Tanit”, murmura mientras despierta y el sol ilumina el improvisado campamento naciendo desde levante. Tanit, Isis, Astarté, lo ha visitado mientras dormía, era todo tan real...

El campamento despierta con el habitual alboroto militar preparando un nuevo día auña de caballo. Sin embargo el bello corazón de Asdrúbal lo llama hacia las colinas cercanas cuyos pies lamen las olas del mar. Conforme se acerca advierte un estero de unos diez estadios de anchura flanqueado por dos cerros cuales torres naturales que abren paso a una llanura flanqueada a su vez por dos colinas más altas aún y una tercera que mira a un mar interior. Un istmo que le recuerda a la lejana Carthago, y que desde el mar no se aprecia, lo

que explica que a pesar de las múltiples veces que sus compatriotas han navegado frente a él, no hayan podido apreciar esa maravilla natural.

El bello corazón de Asdrúbal palpita con fuerza, algunos compañeros se acercan, lo han estado buscando y lo encuentran en el centro de la llanura protegida por las cuatro colinas. Lo miran en silencio mientras se arranca el colgante de Tanit que lo ha protegido desde que salió de Carthago acompañando al gran Amílkar, y con gesto decidido lo deja a sus pies.

“Juro que volveré, y sobre este medallón construiré un palacio y rodeando al palacio construiré templos a los dioses y rodeando los templos a los dioses construiré una ciudad, y rodeando a esa ciudad construiré las mas altas murallas de Iberia uniendo sus cinco colinas y sus cinco colinas serán cinco baluartes, pero esta ciudad tendrá las puertas abiertas, será una polis acogedora, una polis que acogerá a todos los pueblos de iberia en un crisol que forjará una nueva raza nacida de la concordia entre hombres libres. Honraremos a al buen Amílkar y volveremos aquí, y en su honor y en el Mastia y en el de Carthago y en el de todo aquel que quiera ser parte de un sueño de prosperidad serás la más bella joya que verán los siglos, y te llamarás Cartha-Hadast”.

El bello corazón de Asdrúbal ha encontrado su destino, aún no ha partido hacia Akra Leuké pero ya sabe que su sitio está aquí. En esta tierra ha vuelto a nacer y en ella morirá, y junto a ella descansará su nombre por toda la eternidad.